

Discurso pronunciado por el Dr. Demetrio Sodi Pallares,
Presidente de la Academia Nacional de Medicina, en la
Sesión solemne de apertura de labores del CI Año
Académico (3 de marzo de 1965)

EN MARZO DE 1964, cuando se iniciaba el año del Centenario de la Academia Nacional de Medicina, tuve el alto honor de tomar posesión de la Presidencia de nuestra querida corporación. En el espíritu de todos los académicos se reflejaba un gran anhelo para llevar a cabo un Congreso de la más alta categoría científica y social, para festejar dignamente los primeros cien años de vida activa de nuestra sociedad.

En aquella ocasión expresé que se distinguió por su organización y ordenamiento, un caballero águila, bravo en su actitud y por su destreza conocido. También contribuyó a realzar tan fausto acontecimiento otro caballero, que por sus merecimientos, ocupará el sitio que a mi ya no me corresponde.

En ese entonces, presenté mi sentir de lo que constituye una sociedad académica, y en un párrafo de mi discurso inaugural dije: "El hombre no está regido y dirigido por una historia que lo domina sino que al contrario es el hombre el creador de la historia a la cual confiere simultáneamente significación. Podemos admitir que la historia determina en cierta medida nuestros actos, pero solamente dicho de esta manera: en cierta medida; ya que es el hombre el que forja los acontecimientos con su inteligencia. Hermosos ejemplos encontramos en la historia de nuestra querida Academia que refuerzan el aserto anterior y es lo tradicional una primera característica esencial de nuestra corporación".

Queridos compañeros, el año del centenario acaba de terminar. En este momento ya forma parte del historial de la Academia de Medicina de México. Todos vosotros, queriéndolo o no, estáis dentro de la tradición y vuestras personalidades serán discutidas en el decurso del tiempo y en particular en el próximo centenario que no está tan lejos como ahora imagináis.

En este momento se puede invocar el fragmento número 12, el más conocido, del sabio Heráclito efesino: "Diversas aguas fluyen para los que se bañan en los mismos ríos. Y también las almas se evaporan de las aguas".

Para infortunio nuestro, en 1964 tres académicos preeminentes, posiblemente los mejores, remontaron el vuelo: pero como dice el poeta, en alta mar y con

la cara al cielo. Ellos nos dieron ejemplo de dignidad y decoro, cualidades que no se oponen, más aún, se complementan.

Don Fernando Ocaranza, ex-Presidente de la Academia, por quien los ojos aún húmedos están, fue el fisiólogo de toda una época, el sabio de toda una vida y el franciscano de toda una eternidad.

Alfonso Rivera, nació investigador para beneficio de la patria y si la tragedia rompió con su inquietud sublime, sus descubrimientos y, sobre todo, su metodología, quedaron como ejemplos a seguir por los experimentadores más exigentes.

Everardo Ramírez López fue un cirujano lleno de bondad y ciencia. Su actitud ante la vida estaba preñada de dulzura, como dulces eran sus manos cuando acariciaba los órganos enfermos que extirpar debía.

No hay duda que la historia y la tradición son un devenir constante; pero la filosofía del "panta rei" no tiene cabida si no se considera al sujeto que fluye, a los seres singulares que se suceden, al hombre que determina la historia. De esta consideración filosófica podemos hacer derivar la gran responsabilidad del médico, del científico y, más que todo, del académico.

Me refiero al carácter esencialmente desinteresado que debe animar toda actividad galénica, a la actitud anti-individualista que debe coronar su personalidad. La individualidad, como dice Jacques Maritain, es aquello que excluye de nosotros lo que son otros hombres, es la limitación del ego que, quiérase o no, acaba con la fuerza creadora. La ciencia se nos ofrece con gran diafanidad si nos comunicamos con nuestros compañeros por vías de conocimiento y amor. La individualidad excluye cualquier tipo de filosofía. El filósofo oscuro, realista absoluto, a quien antes hice referencia, decía en su academia: "que ninguno de vosotros sobresalga en merecimientos; si hay alguno, vaya a otra parte y esté con otros". En el campo filosófico opuesto, el espiritualista, y en el campo intermedio, realismo moderado, la individualidad determina que el sujeto no se pueda integrar con la esencia de los seres que lo rodean, rompe con el "Fieri aliud in quantum aliud" —hacerse de otro en cuanto a otro— y así, el ente individual queda aislado y estéril dentro de su caparazón saturado de egoísmo.

La individualidad no debe confundirse con la personalidad. La personalidad es la superabundancia del espíritu que exige una comunicación generosa hacia los seres que nos rodean. Con justa razón el filósofo francés comparaba a Julieta con el "yo creador" y por razón semejante, me atrevo a comparar a la delicada amante con la ciencia que buscamos con particular porfía. Dice Julieta: "Porque tú eres tú mismo, seas o no Montesco. . . Romeo, rechaza tu nombre y a cambio de ese nombre que no forma parte de tí, tómame a mí toda entera".

¡Qué bueno es que la persona más alta y distinguida de nuestro querido

México, escuche sobre la gran responsabilidad del médico mexicano; "*Hacer ciencia y darla sin cortapisas*".

Primero, la aprehensión de la verdad en lo que al intelecto especulativo se refiere; pero tal verdad, debe estar canalizada a las tareas que el hombre debe cumplir. Ese es el intelecto práctico, esa es la energía humana de desear y amar, aplicada a cierto bien de la existencia.

Así, el científico estará en estrecha comunión con todas las aguas que fluyen en el río, con los remansos, con las aguas perezosas, con los torrentes, con los manantiales de la tierra y con las cataratas del cielo. Así, el académico seguirá en ininterrumpida plática con su viejos maestros ya desaparecidos, con sus jóvenes alumnos que colman sus anhelos, con los médicos de todo el país que viven, con él, las mismas esperanzas e inquietudes, con aquellos otros de futuras generaciones que se reunirán, quién sabe en dónde, a platicar de temas similares y a festejar no un segundo centenario sino muchos más, para gloria de nuestra Academia, honra de la Patria y beneficio de la Humanidad.